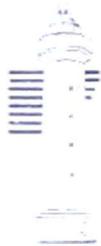


**TORIBIO GARCÍA**

**CUATRO  
CUENTOS**



**Edición especial conmemorativa del 450  
aniversario de la fundación de la ciudad  
de Porlamar.**

ISBN 980-6041-12-7

## **PRESENTACIÓN**

La Junta Central Conmemorativa del 450 Aniversario de la Fundación de la Ciudad de Porlamar, Distrito Mariño, Estado Nueva Esparta (26-03-1536 a 26-03-1986), consciente de que la celebración del AÑO JUBILAR, constituye una efemérides de singular trascendencia histórica y social, no limitado exclusivamente al conglomerado Porlamarense, sino extensivo a la Comunidad Neoespartana en general, decidió como método útil instrumentar esa etapa como ocasión propicia para la ejecución objetiva de sanos y positivos eventos culturales, con el muy sencillo y claro propósito de contribuir a divulgar los aportes espirituales y culturales de dignos hijos nativos de esta ciudad y dignos ciudadanos vinculados a ésta, para signar todos los actos programados, con efecto de permanencia en el sentido formativo y de orientación cívica.

En cumplimiento de la inspiración que nos motiva, se acordó la reedición de un conjunto de obras de autores Porlamarenses, como un reconocimiento a su creación, y un homenaje a su memoria y permanencia, habida consideración de que esas obras no están actualmente en circulación, por haberse agotado las breves ediciones que de ellas se hicieron.

Forma parte de estas ediciones, varios Discursos de Orden pronunciados con ocasión de la Conmemoración Aniversaria de nuestra ciudad en pasadas fechas, y del onomástico del General Santiago Mariño, nativo de este Distrito Mariño, cuyo nombre le enaltece, héroe de nuestra gesta Independentista, que hemos considerado de alto contenido conceptual, provechoso para la mejor formación de criterios sobre la materia que sus autores en esos textos abordaron. En esta edición aparecen ciudadanos nativos de Porlamar y no nativos pero vinculados por el afecto y la permanencia a la ciudad.

Al contribuir con la divulgación del pensamiento contenido en las obras que bajo nuestro patrocinio, orientación y selección, hoy entregamos a la

sociedad, lo hacemos para hacer legar, especialmente a las nuevas generaciones insulares y a quienes se han incorporado con honestos principios de solidaridad e identificación social, a nuestro medio, abrimos las páginas del hermoso y profundo libro de la sociología y del acontecer histórico literario y social de la ciudad de Porlamar, para que todos: jóvenes y adultos, conozcan, aprendan a valorar y perennicen el sustancioso discurrir de la vida de nuestro conglomerado social.

La Junta Central Conmemorativa del 450 Aniversario de la Fundación de la ciudad de Porlamar, quiere asentar los siguientes hechos, que conforman su esencia y motivo del propio quehacer:

1. La culminación de esta noble y afanosa tarea —reedición y publicación de las obras que entregamos— ha sido posible gracias a la receptividad, comprensión y desinteresada colaboración, que ha hecho como aporte objetivo el “Fondo para el Desarrollo del Estado Nueva Esparta” (FONDENE), a la conmemoración de la Efemérides, sufragando el costo total de las ediciones. Expresamos nuestro reconocimiento a FONDENE y le exhortamos a proseguir en esa conducta, y acercarse con su respaldo a las próximas labores que continuaremos emprendiendo.
2. La Junta Central no desaparecerá con la culminación de los actos conmemorativos del Año Jubilar, porque sus integrantes hemos decidido constituir una Asociación o Fundación, sin fines de lucro, pero con objetivos muy definidos de objetivos altruistas de creación de conciencia popular y lucha por la autenticidad de nuestras costumbres y tradiciones, con adaptación al rumbo de los tiempos actuales, para lograr el advenimiento del PUEBLO, como estado de conciencia colectiva.
3. Constituye una aspiración sustancial y muy sentida, de la Junta Central, la formación y creación de una Edición Permanente y Renovada de Autores Neoespartanos, comprendiendo entre ellos a los autores no nativos pero vinculados a nuestro destino y que aporten

elementos para su defensa, y en ese sentido coadyuvante, lucharemos por la construcción del Edificio para la “BIBLIOTECA CENTRAL CIUDAD DE PORLAMAR”, que ponga al servicio del ser humano el material de creación que la oriente e inspire.

Con vocación de servicio, convicción ciudadana y abnegación y desprendimiento personal, creemos haber cumplido con el deber que nos encomendó la sociedad de Porlamar y el Concejo Municipal del Distrito Mariño.

Porlamar, 26 de marzo de 1986.

Por la Junta Central:

Raimundo Verde Rojas, Presidente; José Basilio Hernández, Vice-Presidente; Lorenzo César Ramos Díaz, Secretario Ejecutivo; Luis Beltrán López Villarroel, Tesorero; Francisco Suárez González, Secretario de Actas y Relaciones; Gregorio Romero Rivas, Vocal; Asela Diaz, Vocal; Luis Longart Guerra, Vocal; Carmen Verde Rojas de Encinas, Vocal; Diputado José Rafael Fuentes.

**TORIBIO GARCÍA**

**CUATRO  
CUENTOS**

**Colección “Perla Mar”  
Porlamar – Estado Nueva Esparta**

**1**

La piragua iba alisando caminos de espuma y sal. La brisa arrastraba trozos de oscuridad y frotaba su cuerpo largo contra el índice del palo mayor.

En la proa, alguien pensaba. El ancla retorcida olía al fango grisáceo de la bahía de Puerto España.

Yes, man. No, man. Gruesos labios chasqueando palabras negras y extrañas. Ojos húmedos y ondulantes de las indianas de los prostíbulos. Todo hediondo y miserable, asombrosamente esclavo y colonial. Entre el contrabando y las olas, crujían las cuadernas revestidas de cobre. El agua pasaba veloz e inquieta, siseando, en posesión del secreto del viaje.

Si todo sale bien, lo primero que hago es comprarme un cuatro cumanés y unos zapatos. Después, me voy a la fiesta de la Virgen, a aprender a bailar y a ver si consigo una diabla bien buena.

¡Y dale con la hediondez a lodo! Igual fue cuando cargaron de mercancías la piragua. Los tablonés de las cajas de whisky no bastaban para borrar aquel olor casi físico.

Pequeñas gotas de agua salada le cayeron en la cara. Con la lengua revisó cuidadosamente la frontera de sus labios y regustó las frías burbujas.

A popa, el patrón sostenía con firmeza la caña del timón. El bulto del tabaco bailoteaba entre sus dientes, aquietándose tan solo a cada salivazo.

El marinero que acariciaba el ancla se fue adormilando y hasta el mar suavizó sus murmullos y opacó su espuma.

¡La Rápida! ¡A virar que nos agarra el guardacostas!

Pies descalzos retumbando sobre cubierta con ronco son de miedo. Las velas iniciaron un aletear desesperado cuando la piragua cambió de rumbo, y luego volvieron a inflarse satisfechas.

¡Nos vieron!

La huida fue un corto adentrarse en la esperanza. El guardacostas pronto estuvo a su lado, lleno de voces de mando y reflejos de acero.

Después. Después vino la cárcel, sin el cuatro cumanés, sin los zapatos, sin la fiesta de la Virgen y sin la mujer.

\* \* \*

Ahora estaba encerrado dentro de una inmensa piragua de piedra, con todas sus pulsaciones reguladas por pitazos y palabras sucias. Sin más alivio que tenderse a pensar y a ver las estrellas a través de la cruz de la ventana.

Una noche los gritos de mando de la Guardia anunciaron que habían llegado más presos. Alguien dijo: son los políticos. Y él se quedó con la curiosidad de mirar aquellos extraños seres que eran capaces de tripular la piragua de piedra, solo por no gustarles el Gobierno. El otro día los vio. Casi todos eran jóvenes, flacos y de mirada rabiosa. Primero los apartaron de los presos comunes pero luego se podía hablar con ellos libremente.

Él callaba siempre. Escuchaba ávidamente las discusiones alumbradas por colillas y dibujadas por los gestos audaces. Poco a poco, en su ceño se fueron formando arrugas: una por cada idea trabajosamente poseída.

Así que yo soy un obrero. Y que los obreros conquistarán el mundo. Y que lo impiden muchas cosas. La dictadura, por ejemplo. Y que yo tengo derecho a aprender, además del baile, todo lo que me pueda caber en el cráneo. Y que Venezuela es todo este convulso trozo de humanidad igual a mí, presos como yo en una gran piragua de piedra con las cuadernas revestidas de petróleo. Y que yo, y los que son como yo, debemos ser los patronos de este barco.

A veces, la cruz que partía el cielo, se hacía invisible y las estrellas penetraban en la celda. La otra noche, una pajuela se le posó en la frente y le acercó los ojos hasta su luz. Otra, se llegó hasta su pueblo remando en una letra acostada, y fue gritando por la orilla de la playa hasta que sus gritos despertaron a la luna.

Hay ciertas palabras que me parecen viejos conocidos. Mías o de mis padres o de mis abuelos. Supongo que será porque todos hemos sido pescadores, con un patrón y unas ganas de comprar un cuatro. Y sin embargo, yo no conocía esta angustia, definida como un anzuelo, acerca de lo que iba a ser de mí, acerca de lo que yo podía hacer para cambiar mi destino.

Ajá. Volvió a salir la luna. Seguro que esta noche está calando algún tren en alguna playa. Los peces saltan hacia la luz y la luz se sumerge con ellos, pegada en las escamas. Manos como sus manos, estarían jalando de las mangas del tren y las gargantas construirían un solo gemido poderoso.

Y que la lucha es nuestra, a cargo de todos los que sentimos una atarraya de injusticias rodeándonos las vísceras y cosida a nuestro trabajo. En el Zulia, aquellos taladros que había visto eran mucho más que torres de metal: eran largas uñas bocas chupándose la tierra.

Cada noche, los ojos se le cansaban de tanto ver esperanzas. Ya intervenía en algunas discusiones y le pedían su opinión, la que exponía con rapidez y con lengua extrañamente fácil. Las respuestas se le arrancaban desde muy dentro, integrales, llenas de sangre y músculos. Cuando abría la boca, su sonido se juntaba con muchas cosas que recordaba y que conocía de nuevo. Casi conversaba consigo mismo, de sus huesos hasta su lengua y nuevamente de su lengua a sus huesos.

¡Ese pescador con sus corotos!

Adiós, pescador, Recuerda que iremos contigo, caminando o trabajando a tu lado hasta que tu cuatro sea tocado por mil manos y dentro de tu pecho pueda caber una sonrisa. ¿Recuerdas lo que nos contaste de Trinidad? Sí, ya tú sabes por qué se te mueve entre la carne eso que llaman corazón. Yes, man. El lodo del ancla, la Rápida, la Guardia y la fiesta de la Virgen. No, man. La luna, las letras, la rabia en la mirada, la piragua de piedra, la vida. De aquí en adelante, recuérdalo, eres un pescador de verdades, un pescador de tus propios pasos. Adiós.

\* \* \*

Con un saco gris y tambaleante, caminó por el muelle en busca de un barco. ¡Ven ahora tú, gaviota de algodón y cáñamo, que yo no esperaré más con una pregunta en los labios!

¡Leven anclas!

Sobre el mar, la vida lleva velas rojas.

\* \* \*

**2**

Amanecía en todo el aire. Los gajos de neblina buscaron árboles donde esconderse y una flor roja se desperezó y abrió la boca el sol.

Dentro del rancho la trabazón de humo se coló por la paja del techo. El fogón murmuraba calentando al café mañanero. Amanecía.

Hoy es un día importante. Hay que levantarse y hacer lo convenido con los demás conuqueros. Vamos a ver.

Y en la frente terrosa del campesino, una arruga vertical empezó a coser recuerdos.

Yo soy así desde chiquito, y el que nace barrigón... ¡Ah vida! Primero, las manos infantiles se posaron sobre las mazorcas y rociaron el piso con puntos amarillos. Al mismo tiempo, el hambre corría encima de los topochos sancochados y el negro olor de las caraotas. Al mismo tiempo, crecía la indefinida sensación de ser menos que Don Pedro, que sus hijos y aún menos que sus vacas. Así fueron juntándose su hambre, su quietud y sus noches.

Duele mucho la espalda de tanto inclinarse ante el surco. Una vez, cuando deshacía terrones, se encontró un hueso de muerto. El hueso no estaba blanco y liso como él suponía sino con largas escrituras amarillas de la tierra donde había dormido tanto tiempo. Este hueso fue de un conuquero, que también desgranó maíz y se fundió con el surco. Estaba tan sembrado como aquellos araguaneyes estúpidamente empeñados en florecer.

El campo, toda la tierra donde los hombres trabajan y dejan su semen, tenía una cosecha distinta de los simples vegetales. Él se imaginaba que todos los campesinos eran árboles que áridamente crecían sin riego y sin abono, pariendo hijos que reanudarían el ciclo de antiguas servidumbres. Ellos eran la cosecha de Don Pedro y sus caporales.

Con respeto, el campesino dejó suavemente el hueso otra vez en el surco. Quédate ahí.

Cada pedazo de su camino estuvo vacío de algo que hasta ahora no había podido precisar. Era un desasosiego anónimo que varias veces había estado a punto de poseer.

¡Tú, peón, acompáñame al pueblo!

Las veredas saltarinas le dieron alegría. Voy con Don Pedro, todopoderoso, caminando detrás de él, cansándome como él. Visto desde acá, a Don Pedro se le mueven las nalgas cuando da un paso y por la camisa le corre un riíto de sudor. Yo ando medio serio. Don Pedro me ha tratado durante el recorrido como si fuéramos iguales. ¿Y lo seremos de verdad? Incluso, me ha pedido opinión sobre la compra de otra hacienda. Si alguien se atreve a tocar a Don Pedro, lo hago rolitos con el colaegallo.

El pueblo tendió sus calles manchadas de hierba para que ellos pasaran. Don Pedro, todopoderoso, iba ahora con el ceño adusto y con la cabeza erguida. Atrás, el campesino enterraba piedritas con la planta de los pies. Cuando llegaron a la casa de los ricos del pueblo, Don Pedro ordenó al campesino que lo esperara afuera.

Si pudiera sembrarse algo en estas calles, se verían más bonitas. Las flores crecerían junto a los tomates y hasta papas podrían darse en cada esquina. La gente caminaría despacio por entre los surcos, oliendo el crecimiento de su propio corazón. ¿Estarán muy apisonadas las calles? Hundió los dedos de sus pies en la tierra suelta. Cuatro azadonazos y se podría sembrar.

¡Guá! Una virgen creció en la ventana. Blanquita, con los ojos amielados y dos crinejas onduladas que se detenían en los senos. Una mano

se cerró en torno a las rejas y la otra dibujó sombras sobre la frente. El campesino se fue vertiendo hacia adentro del pecho hasta quedar convertido en un racimo de admiración. Cuando los ojos claros lo miraron, ya su garganta estaba arenosa como las calles del pueblo. Si me habla, le contesto.

Y le habló. No supo cómo pudo devolver su brisa y hacerse entender; pero permaneció allí, firme, con el sombrero martirizado y un latido nuevo en la frente.

¡Qué falta de respeto es esta! ¿Usted no sabe que la gente decente no es para los pata en el suelo? Enamore a la sirvienta.

Más nada. Y lo fue todo. Desde entonces no volvió al pueblo.

Se quedaba en el conuco hasta que el sol le trazaba mapas en la espalda y los dedos se le volvían raíces. Y cuando tiraba las semillas al surco, dejaba también caer un poco de su resignación.

\* \* \*

Un caballo llenó de crines al viento. El viento dejó de ser anónimo y se fundió con el polvo amarillo. Todo brillaba con luz distinta a la que alumbraba la vida. Era el resplandor de mil machetes, azogados, cimbreantes, hechos de sombra y relámpago, continuación de manos afiladas.

Luego surgió una llama que rodeó los cañaverales y amamantó un turbión de cenizas.

La caña chisporroteaba jugosamente y el fuego chasqueaba al sorber la espumosa savia.

Además, había dos olores distintos al fuego y las bestias. Los cadáveres se pudrían bajo los árboles, en las quebradas, y debajo de ellos brotaban unas

flores moradas con punticos rojos. Se podía saber fácilmente en qué parte del llano se habían sembrado más hombres, por los manojitos de flores moradas meneándose descaradamente.

Una vez, aquí mismito, se fue muriendo un campesino. La bala le entró por un costado y los intestinos corrieron presurosos a tapar la herida.

Primero estaba quieto. Lo único que se movía en su cuerpo, era el pedazo de intestino que alargaba su costado. Un anciano juntó tabaco con yerbas milagrosas y trató de ocultar la viscosa tumoración; pero un gemido del herido lo volvió en sí, cada vez más gris y adulterado. Del borde de su cuerpo, de allí donde empezó su muerte, se fue extendiendo una ola de cómplice palidez. La boca del guerrillero había sido sustituida por aquella abertura y su lengua de sangre. Cuando murió, se puso del exacto color del surco recién arado.

Era una guerra distinta, les habían dicho. Se peleaba por la tierra, por aquel campo tantas veces cosechado para otros y que dolía como un tatuaje de sangre. La Guerra Federal, siguió contando el viejo, fue cuando nos levantamos todos de una vez a pelear por el trabajo y la simiente. A apresurar la muerte retrasada que era la vida, a cambiar el negro olor de las caraotas por el negro olor de la pólvora.

¡Y esos machetes cortando cabezas!

Alguien decía: ¡Pa' lante! y lo demás lo decían los aceros. Se comprobó que era más fácil cortar a un hombre que cien tablones de caña. Y esa fue la Guerra Federal. Fue cuando nos alzamos los pata en el suelo y nos cogimos la tierra.

Pero. ¿Y entonces? ¿Y Don Pedro?

Algo había pasado. Algo distinto al sudor desglosado en las blusas campesinas y a los terrones esparcidos por los cascos rebeldes.

Y así fue la guerra inconclusa.

\* \* \*

Ya no estaba solo. Él y su compañera eran jóvenes y trabajadores. El peso del sol en la nuca se refrescaba bajo la mano femenina.

Después que se juntó con ella, el campo subió a su piel la mejor de sus cosechas. El maíz brotó apretado y rumoroso, con fuerza de rara ascensión verde.

Buena cosecha. Hasta allá abajo es todo maíz. Da gusto ver tantas mazorcas reunidas y sentir la seguridad de un tiempo sin privaciones. Aquel año bautizaría a su hijito. Invitaría a todos los conuqueros de la región a su rancho, a tocar cuatro y a dejar que el cocuy les pulsara las gargantas. Sería digno remate de aquel año prometedor.

Esto para mí. Y esto. Y esto.

Y sólo les quedó para taparse el hambre, el maíz de un rincón del conuco. Además les quedó también en los surcos desvelados de su carne, todo el amarillo horizonte que habían cosechado para Don Pedro. Además, también les quedó una crucecita roñosa sobre un montón de tierra igualito al estómago hinchado del hijo.

Después me botaron del rancho. Una noche vinieron y me cortaron los dedos de los pies, uno por uno. Ellos sabían que había que hacerlo así o me quedaría amarrado al conuco.

Al pasar junto a la crucecita, la arrancó y se la apretó contra el pecho hasta que la piel se contagió de su forma.

Y sobre él pasaron varios siglos. En los tímpanos le crecieron voces fantásticas que hablaban de tierras y de votos, de libertad y de reforma agraria, le hablaron del partido que agruparía a todo el pueblo y repartiría la felicidad por parcela, como los conucos. Su segunda cosecha perdida, le fue arrebatada de adentro del cráneo.

Después de los votos, los siglos siguieron pasando por sobre su frente.

Hasta que amaneció.

\* \* \*

Linda mañana. Con el sol curioseando por las hendidias de los árboles y los tucusitos rompiendo aromas. La tierra estaba húmeda, sabrosa y suave al paso, ancha y ávida de formas humanas.

Casi no hay necesidad de sepultar a nadie. Los campesinos se mezclan poco a poco con las semillas y el aire. ¿No lo creen? Una vez iba caminando por el campo y pisé a un campesino que dormía.

¡Vamos!

Apretando las quijadas con fuerza, la rabia se va deteniendo bajo las orejas. La esperanza empieza a llenar de ojales la mirada y a destrozarse las cruces que nunca florecían.

¿Tú no vienes?

Hay que cogerse la tierra. Sí, así mismito. Hay que juntar el hambre y hacerlo azadón y muralla para defender la vida. De todas las partes del campo fluían hombres cabalgando sobre sus hijos muertos, sobre las cosechas

trabajadas para los latifundistas, sobre las promesas cobardes y sobre su propio esperar de siglos.

Había una vez un campesino sin tierras y sin alma. Había una vez una guerra campesina que acercó el futuro hasta la hierba. Había siempre mil niños campesinos hinchando tumbas con sus vientres lustrosos.

¡Vamos todos, compañeros!

Pero es que no hace falta hablar. ¿Se acuerdan de la Guerra Federal? Entonces nosotros no hablamos. Los machetes decían: Pido la palabra y las cabezas empezaban a rodar por las lomas y ponerse chiquiticas hasta convertirse en granos de maíz. Incluso, no era necesario prometer nada sino sentir dentro que se era campesino y no Don Pedro.

Cada padre de familia que coja su parcela. Queda formado el primer frente por el derecho al trabajo. A la vida. A una parcela de justicia.

Alguien dijo: Pa' lante.

\* \* \*

**3**

El pequeño diamante iba lanzando destellos mestizos. Ahí, junto al ojal del paltó se había quedado prendido como un extraño botón de luz.

Tú ser mucho bueno. Al musíú, al americano, se le encendieron cien mil diamanticos en los ojos. El abogado de la compañía habló más largo. Sus frases tenían un rabioso parecido con algo sintético, con algo exactamente enlatado y puesto en fila en los commissaries. Hasta aplausos se oyeron y el obrero se sintió emocionado, con ganas de volver inmediatamente al campo petrolero a trabajar como cuando era joven.

Hacía tiempo de eso. Los días se fueron convirtiendo en arrugas y cansancio. Dentro de sus uñas pernoctaba un temblor calcado de la eterna afirmación del balancín.

Yo vine de muy lejos. Toda la tierra que me rodeaba se hizo un nudo ante mi hambre y mis ojos. Y lo que digo tiene la misma savia de lo que dicen los demás. Hay un solo camino para venir a los taladros y por él llegaron los margariteños, los campesinos, toditos los que pusimos a andar el balancín. Son treinta vueltas que mis venas han dado enredadas a cualquier god damned dicho por el hueco de la boca que la pipa deja libre. De estos treinta años me quedaron dos cosas: Mi amigo el temblor y este diamantico que se duerme en mi ojal.

Yo siempre fui tranquilo. Nunca me gustó que mi nevera y mi tranquilidad las vaciaran unos gritos. Para decirlo de una vez, yo no me he metido en política.

Bueno, en dos ocasiones estuve a punto de hacer algo distinto a mis sienes.

Ahora empiezo.

\* \* \*

El ruido subía abrazado al humo de los mechurrios. Era una ciudad estrecha y legendaria, con calles angustiosamente rectas y con igual ambición de altura.

Ahora, las casas eran triangulares. Fraccionaban el viento en pequeños trozos triangulares e inhumanos. Dentro de ellas, los tubos metálicos reproducían cruces sobre el horizonte. Al lado, los balancines turbaban la paz de las hormigas.

La cuadrilla de obreros descansaba al pie del taladro. Bajo el manto solar, pequeños rayos de sombra partían la arena pisoteada.

¿Sera posible irse adelgazando hasta caber en una raya de sombra? Irse resumiendo, dejando fundir el cansancio y el sudor en una sola línea húmeda que copulara con la sombra del taladro. Eso sí, habría que pendular siguiendo la caliente huella del sol hasta convertirse en la sombrilla de Mr. Sam.

¿Y si uno se metiera dentro de la mecha? Los cabellos hay que atarlos cuidadosamente, como un tirabuzón, a fin de no estorbar el camino hacia las sombras. Allá abajo, la frescura debía mojar los párpados con sus largos dedos azules y la luz llegaría adolescente hasta la piel. Igual que la luz clandestina que chorreaba de la sombrilla de Mr. Sam.

A trabajar. A jorungar la tierra reseca. A caminar por los callejones de acero y a sudar bajo una nube que siempre cambia de sitio.

Mira. Es muy fácil. Te pones el dedo así, recto, y te mides la frente de sien a sien. Luego sacudes el dedo, y ahí tienes la exacta travesía de la frente de un obrero petrolero: cien mil puntos suspensivos de sudor evaporándose en la arena. Cuida de no salpicar la sombrilla de Mr. Sam, porque el sudor se

quedará allí, húmedo y oscuro como tu piel cansada y Mr. Sam gritará god damned otra vez.

En la cuadrilla había un negro chuspeño que siempre llevaba una ele asomada entre su boca hospitalaria. Lo llamaban Sabroso. El negro decía ¡sabroso! con todas las letras encaramadas en sus dientes. Si el petróleo lanzaba un alto grito aceitoso y bautizaba las cabrias, el negro bailaba la lengua y soltaba un sabroso adornado de saliva.

Sabroso no sabía si era bueno. Tenía su familia allá lejos, en Chuspa. Cuando el G-11 se incendió, un obrero quedó herido cerca de la garganta del fuego. Estaba quieto, asándose lentamente, abriendo poco a poco sus poros a la candela engréida. Nadie se atrevía a auxiliarlo, hasta que llegó Sabroso. Sabroso corrió hasta el obrero y unió sus músculos con el borde absoluto de su herida. Así y todo, Sabroso no sabía si era bueno.

Mr. Sam caminaba entre los taladros con sus piernas tejanas en paréntesis. Su mirada era más alta y más azul que el acero de las torres. Mr. Sam parecía un caminante natural de la ciudad fantástica. De pronto, Mr. Sam resbaló en una charca sus piernas gramaticales y cayó sentado rigurosamente de culo sobre un espejo de petróleo.

¡Sabroso!

Mr. Sam se molestó. Él tenía derecho a caerse de culo cuantas veces quisiera, sin necesidad de los comentarios de un negro de Chuspa.

Dos caporales sujetaron a Sabroso, mientras Mr. Sam escribía con su fuate en la cara de petróleo. El fuate era una excrescencia legítima del brazo de Mr. Sam. Sabroso se retorció impotente, siguiendo con facilidad el ritmo de la mano de Mr. Sam.

Algo se me abotonó dentro de las venas. Sentí como si estuviera subiendo y bajando mi vientre a cada golpe que Sabroso conocía. Entonces, le quité el fuate a Mr. Sam.

¡Pégame a mí, desgraciado!

Las cosas quedaron así. A Sabroso lo botaron y a mí me bajaron el sueldo. Además, me cambiaron de cuadrilla.

El otro día (hace mucho tiempo ya), encontré a Sabroso en el pueblo. Estaba borracho, con la cabeza aureolada de moscas y rastros de vómito. Cuando pasé junto a su alcohol, su llanto de borracho le decía a un perro que lo escuchaba ansiosamente:

¡Sabroso!

\* \* \*

Aquel sonido podía separarse cerrando el puño con fuerza y verlo en la palma de la mano, desafiante, ingravido, con un antiguo poderío.

Yo fui el primero en darme cuenta. Era curioso; siempre que un obrero arrugaba su inquietud, el sonido aparecía y se iba repitiendo con idéntica decisión en los nervios de los demás. Parecía que todos estuvieran ligados a aquel extraño son de lucha. Yo pensaba que el sonido venía de muy adentro, de más allá del corazón, y que podía servir de signo para reconocer a cualquier obrero del mundo. Mientras más se acercaba la discusión del contrato, más fuerte y espacial crecía el sonido montándose sobre las cabrias y hasta sobre las lindas casas del prohibido sector reservado al cura y a los musiúes.

Yo sólo quería trabajar en paz. Y hundir mis manos de cartón en la brillante humedad de mi nevera nueva. Y apretar con la lengua un aromático

apricó (sé algo de inglés), una de esas frutas que se comen sin ensuciarse los dedos. Perfecto.

Aunque Maximiliano pensaba distinto. Estás envenenado, Maximiliano. ¡Qué empeño el tuyo de poner peros donde no hay! Me acuerdo que fuimos vecinos y siempre conversábamos. Maximiliano aireaba un áspero vocabulario: proletariado, huelga, explotación; sin embargo, ninguna de aquellas palabras sonaba disorde con su manera de caminar. Sí; Maximiliano hablaba con sus pasos, con su modo de respirar y de digerir. Cuando Maximiliano hacía huelga, siempre respiraba hondo y media la fuerza de sus molares.

Cada día se tensaba la oculta trama y el sonido era más definido.

Entonces, compañeros, nuestro único camino es la huelga. Si amarramos en un haz de sal la rabia y la lucha, nada podrá oscurecer el cielo. Si apretamos los puños, ni el petróleo podrá llorar con grandes voces negras la muerte de la tierra.

El sonido deshacía los triángulos metálicos. El sonido reptaba en las paredes de zinc y desteñía los cartelones agresivos de las alambradas.

¡Para mañana es el coroto!

El coroto. La lucha. ¿Así, tan tranquilamente?

¿Y mi sueldo, mi nevera, mi techo y mi comodidad acanalada?

Mañana nadie debe trabajar. Que las sirenas enriquezcan su garganta de niebla. Que los taladros se queden firmes y pacientes. Que no haya mañana una gota de sudor bajo los cascos deslumbrantes.

¿Así tranquilamente? ¿Y mi apricó?

Pero fue así. El día de la huelga el sol no encontró espaldas que saludar. Las calles de acero no sintieron el paso de cientos de botas cansadas. Los balancines, alzaron las cabezas sorprendidos. Todo estaba desierto de vida.

Yo iba a salir a trabajar. Mi overol tapó la puerta y pronto se deslizaría hacia el campo.

¡Tú, a tu casa o al cementerio!

Claro, mi casa quedaba más cerca. Pero seguía esperando que empezaran a trabajar.

¡La tropa! ¡Viene la tropa!

Una línea gris y agresiva se mezcló con las horas desiertas. Los soldados llevaban cascos y peinillas que encandilaban las dudas. Si en vez de uniformes llevaran overol, se podrían confundir con obreros que regresaran del primer turno. Sin embargo, las peinillas desmentían con sus bocas afiladas cualquier comparación.

Y un soldado abrió de una patada la puerta de Maximiliano. Y Maximiliano saltó hacia la culata como si estuviera atado a ella. Después del primer planazo, no quise ver más. Pero seguí oyendo. No podía cerrar el tímpano a sus gritos de coraje.

¡Muérganos!

No podía cerrar mis vellos a aquel silbido terminado en un espasmo doloroso, en un quejido de rabia y de sangre, en un cerco de maldad que atenaceaba los testículos y reseca las axilas.

Cuando salí a la puerta, ya Maximiliano estaba solo y acostado. Su cara se dibujaba dentro de una roja máscara coagulada y sus brazos todavía se alzaban en convulsiones agrietadas.

Ven Maximiliano. Ya ves lo que te hicieron por terco y ponerle peros a todo. Maximiliano, estás equivocado. Ven.

Maximiliano era dirigente del sindicato. Cuando lo recogí del suelo y aclaré sus labios destrozados, oí otra vez el sonido que seguía llenando espacios. Cuando sostuve los párpados de Maximiliano para ver si vivía, otra vez escuché el sonido que precedió a la huelga. Esta vez, venía de los pobres labios de Maximiliano.

¡Muérganos!

\* \* \*

Y aquí voy yo, con mi temblor y con mi diamantico. ¿Saben? Este diamantico se parece al brillo del vómito sobre la cabeza de Sabroso. Tiene un color dudoso y desleal.

Dudoso y desleal.

O, a lo mejor, este diamantico se parece al brillo coagulado de las heridas de Maximiliano. Se ve un poco, ¿cómo diríamos? Adulterado y hueco.

Adulterado y hueco.

Tengo dos hijos. Uno por cada ocasión en que estuve a punto de hacer algo distinto a mis sienes.

Ellos empiezan. Ahora yo termino.

\* \* \*

**4**

Al fin y al cabo, se es tan fuego como uno quiere. Es preciso solamente sentir la cápsula de injusticia que envuelve al mundo, para querer estirar las ideas y desperezarse libremente. Si un joven no vive con la metamorfosis, con el fuego encendido en las oquedades de sus venas, ya gastó su juventud. Se le fue en un salto arriesgado en la parte más honda del río, en la túnica de indiferencia con que atravesó una vez la casa de los muertos, en la carrera hasta allá, en todo lo que tuvo su marca; pero la juventud ya no acompaña el ruido de sus pasos.

Se piensa mejor caminando hacia la reunión. Con un poco de viento retrasado en las sienes y las manos en los bolsillos jugueteando con dos lochas descoloridas. Cuando se aprieta el paso, las hileras de casas se echan hacia atrás con precaución de burgueses dirigiendo, como si dijeran: –Pasa, pues. Y cada zancada era como un adentro de triunfo.

Allá va un Cadillac, con sus largos y bruñidos guarda-fangos y su ostentosa luz roja. En la esquina, el Cadillac frenó y la luz roja dio un guiño fuerte.

Caminar y caminar. A cada taconazo la tierra transmitía un grito seco. Subir y bajar aceras llenas de gente. A veces tenía ganas de decirles: –Aquí voy yo, caminando con ustedes y también deseando encontrar el final de la senda. No importa hacia donde vayan. Nos uniremos al terminar de trajinar y levantaremos los brazos en el mismo gesto rebelde. ¿Qué harían? Uno, estaba seguro, aquel gordo con la corbata torcida y el cuello de la camisa ribeteado de sudor, resoplaría con disgusto: no lo entenderían, pero se disgustaría igual. El vendedor de periódicos esbozaría una sonrisa maliciosa. La mujer de paso menudo germinaría una línea en su entrecejo. Y él mismo se arrepentiría de haberlo hecho.

Después vino la voz inconclusa de Raúl. Estaba en un banco del parque, con el libro alcahuete disimulando la entrevista. Eran cuatro. Con la misma

mirada tendida hacia adelante como un puente de luz. En cada frase iba hilvanado un vistazo al horizonte.

Orden del día: Organización, Solidaridad, Propaganda... Y así sería siempre, había pensado. Siempre habría una voz inconclusa que iría desgranando las tareas del hombre. Y uno de los cuatro que diría: Pido la palabra, y diría lo que todos pensaban, y a lo mejor, ya uno de los cuatro habría dicho. Las tareas irían juntándose por dentro del pecho hasta hacerlo ancho como la libertad. Entonces hablarían de otras cosas en las reuniones. De las muchachas que jugueteaban en el parque, de la última novela mala, del profesor omnisciente. Entonces habría otras tareas.

\* \* \*

La entrada de la Universidad, como una gran tajada de patilla, ofrecía sus espaldas a la lluvia. El agua bajaba en ráfagas asustadas, sin continuidad y casi sin motivo, como con pena de abandonar las nubes y caer en aquella Universidad tan llena de silencio.

Universidad Central de Venezuela. Casa de estudios. “Esta casa que vence la sombra...”. Todo. Todo lo que se había soñado en la provincia y las manos no conocían todavía.

Las siete y media. La clase ya comenzaba y la noche bordada en los párpados. La voz tediosa que envuelve ideas llenas de herrumbre. El cerco.

A pesar de todo era fácil llegar, sentarse y abrir el cerebro en busca de otras cosas. Anoche habían bajado por boca del contacto, los nombres de los miembros de la brigada de choque del grupo. Él era uno de los elegidos. Fulano, Zutano y tú. Y, yo... Con mi miedo y mi valentía dispersa, con mis manos pacíficas y sus peinillas chispeantes. Y, yo. Con mi militancia insuficiente y mis diarias vacilaciones. ¿Y los demás?, eran igual que yo y solo

dijeron: está bien. ¡Ah! Yo también había dicho lo mismo. Así, la valentía no era personal y heroica sino colectiva y tan normal como un pedazo de pan duro. El fuego triunfaba sobre la niebla y una idea bien hundida en el pecho vale más que el aire viciado que respiramos.

El profesor. Con su cabeza y sus frases cuidadosamente calvas. Recolectando los errores pasados para justificar el error actual.

Había un buen alumno que siempre hurgaba las encías del profesor para sacarle una palabra de difícil memoria y apuntarla en su cuaderno. El buen alumno no sonreía, ni movía los ojos ni eructaba. Sus facciones eran hermosamente atentas y su pelo rigurosamente planchado como sus pantalones. Había hecho un seminario sobre seguros, considerado como el estudio más completo de la materia. Incluso, tenía ideas originales en cuanto a la vigilancia de los asegurados y a las medidas legales para lograr el pago de las primas. El buen alumno era un lustroso odre antropomorfo, suave y sin aristas.

Había un alumno alegre que pasaba papelitos durante las clases ridiculizando a cualquiera y que llamaba profe al profesor. El profesor meneaba la cabeza, intencionaba una sonrisa paternal y declaraba formalmente que el alumno alegre era incorregible. El alumno alegre era simpático con todos, popular y chistoso. Siempre que adulaba a los profesores lo hacía tan graciosamente que nadie se daba cuenta. Para él, el buen alumno representaba la juventud estudiosa y responsable, y en los exámenes se sentaba a su lado. El alumno alegre era felizmente acorde con cualquier época.

Pero no puede ser así. La vida debe tener un sendero distinto. Es difícil comprenderlo, pero al final se llega a una frontera con puntos luminosos y que se escurren de los labios. Hay un desordenado batir de pensamientos y luego todo va quedando en calma. Sin que nadie pueda explicar cómo la hoja fue creciendo hasta convertirse en árbol. Alto. Con las raíces empapadas de

sangre fresca y el ramaje definitivo como un índice verde. Un árbol acusando al cielo.

Si un pedazo de vida no siente la proximidad del viento, las vísceras se van rodeando de flaccidez. Sin darnos cuenta, toda la adiposidad del mundo extiende su caparazón en donde antes había preguntas. Entonces, cualquiera que pase por la calle podría explicar lo sucedido. Hasta se dan conferencias por viejos canosos y podridos, que explican minuciosamente la clave del éxito en los negocios.

Aquel profesorcito. De fácil elocuencia y arreglado movimiento de cejas. Con la seguridad de estar a tono con la época y con algo tan histórico como la Seguridad Nacional. La teoría del Estado. Las garantías constitucionales. La polémica de Savigny y Thibaud ¡Al diablo! Todo era tan pequeño y cursi. Tan distinto a la vida.

Cuando había que marchar adelante y romper el viento con el pecho, allí estaban los pocos infelices. Hoscos y amortajados. Desahuciados con firmeza por sus compañeros y por los anuncios luminosos. Con la conversación depurada de caletres y piropos y con una estrella incendiada en las pupilas.

Pero aquí va la vida con nosotros. Nos va acariciando las pobres manos solitarias y los calcetines agujereados. Moviendo la cola y restregando su luz contra las noches tan insomnes.

Sí. Esta y no otra es la Vida y aquí la tengo en el hueco de mis sienes. Como diría el poeta Víctor: “En el bolsillo izquierdo de mi pecho”.

\* \* \*

Hoy no sé cómo hablarme. Es tan confuso todo mi abecedario que las palabras se me forman en un idioma extraño y jamás oído.

Ayer no fui a clases. Me invitó un amigo rico y estuvimos todo el día tomando en su apartamento. Mi amigo tenía tres botellas de whisky caro y una conversación mucho más barata. A pesar de todo, me gustaba conversar con él y palpar el respeto con que oía mis opiniones sobre política. A cada rato debía contener mi lengua estropajosa y recordar que la dictadura existía con sus mil tentáculos y que yo estaba clandestino como los carbonarios.

A mitad de la tarde, el timbre del apartamento nos recordó que existía la electricidad. Mi amigo abrió. Entraron dos mujeres y una de ellas abrazó y besó a mi amigo. La otra siguió muda y vestida de rojo. Morena y apretada, con un lunar grande y redondo por donde pensé, borracho, que debían escaparse las palabras de amor. Instintivamente, me crucé de piernas.

Mi amigo nos presentó. Todo el largo ceremonial del Aula Magna lo abolió de un gruñido alcohólico y me presentó como doctor. No me gustó, pero seguí callado y sonriente, con ganas de probar el efecto que el título les produciría. De todos modos, nadie lo sabría y yo estaba cobarde e irresponsable como el cerebro de la mayoría de los doctores.

El tocadiscos empezó a imitar sonidos y mi amigo a bailar con la mujer que lo había abrazado. Bailaban muy juntos, con las caras igual que si quisieran cambiar de vellos. Ella compuso una mirada picaresca y con los labios señaló a su compañera. Sin hablar palabra, la tomé por un brazo y nos meneamos también. Bajo su vestido, mi mano palpaba el surco que dividía su espalda morena y suave. Todo el disco lo pasé pensando en qué decirle. Ya al final, le dije que me perdonara porque a mí no me gustaba hablar y bailar a la vez. A mí tampoco, me dijo ella, pero tuve la certeza de que mentía.

Al poco rato se despidieron. Mi silenciosa compañera de baile era casada y tenía que marcharse. Todos convinimos en que era una lástima, en que otra vez sería. Yo pensé que si hubiera hablado un poco cuando bailaba, el marido no habría sido tan puntual.

Seguimos bebiendo y oyendo guarachas. Mi amigo teorizó acerca de la conveniencia de combinar la clase de música con la clase de licor. Empezó vacilante, pero luego le gustó la idea y la fue cubriendo cariñosamente de apoyo hasta dejarla sólida y equilibrada en el medio de la pieza: si tomaba lavagallo, lo adecuado era oír pasajes llaneros; así con cada sorbo entraría un pedazo de estero. Si whisky o Cuba-Libre, guarachas y Blues. Si vino o champagne, vales vieneses, franceses y el O'Sole Mío. Mi amigo era joven y entusiasta; capaz de iniciar una campaña decidida a favor de lo que calificó como adecuación melo-alcohólica. Yo iba a discutir la inconveniencia de asociar el rubio whisky con la dollicocéfala Cuba-Libre, cuando de pronto me resultó asqueroso todo.

¿Y esto? ¿Esto tiene relación con las reuniones, con los pasos rebeldes y en la noche en que el miedo se mezcla con la rabia y la alegría? Había una semejanza tremenda entre esta charla y el parloteo de los profesores. Todo tendía a lo mismo: se lanzaba una idea, una teoría sin enemigos, se le ponía un nombre griego, y mientras tanto Raúl iba camino del penal de Ciudad Bolívar y no intervendría más en la reuniones para decir, seguramente, algo que ya uno de nosotros había dicho pero que nunca nos hartábamos de oír. Entonces, había que enderezar el paso vacilante de borracho. Cuando llegue a aquel poste apagado, caminaré derecho. Sin teorías ni nombres griegos. Con mis pies bien sembrados en el asfalto.

Aquí, en este aire con tetraetilo, el mismo que respiramos los que cantamos y los que maldecimos, los que luchan y los que duermen, está la más grande teoría de la humanidad.

\* \* \*

Llegó el día de la gran tarea. Todo el mundo participaría en la lucha contra la tiranía. Hasta aquel gordito con el semblante lleno de cruces y amuletos, estaba decidido, a su modo, a combatir junto con los demás.

Se empezaría por un gran movimiento de agitación en la Universidad y en los cerros. La experiencia terrible de las escaramuzas pasadas, haría condensar errores en una sola resolución integral y armónica.

Línea tras línea iban manando los cocteles en los depósitos ocultos. Paso tras paso se ponía cerco a la pusilanimidad de muchos intelectuales y se compulsaba su vanidad y temor.

—¡Ajá! ¡Ya está! Con su gasolina, su retorcida mecha blanca, el ácido chismeando burbujas y un poquito de aceite mentiroso y resbaladizo. De su pequeño vientre saltarían mil llamitas desveladas que bordarían maravillosas cabriolas hasta tejer un gran manto ígneo. Lo primero que arde es el tapizado. Luego el armazón de hierro empieza a dibujar un rompecabezas fantástico, a toser y a escupir policías asustados.

Un grupo pequeño. Las mariposas escondidas bajo las camisas y el corazón cantando sobre la piel. Al subir al cerro, cada uno tomaría un rumbo distinto y las huellas blancas de las mariposas irían señalando los pasos. En cualquier esquina, dejar que la garganta se pusiera a correr sobre las cloacas y los ranchos de cartón, sobre los hombros recios de los obreros y los mocos de ese chiquillo hambriento, sobre la propia vibración telúrica que ascendía desde los pies y daba manotazos en la nuca sudorosa.

Y escuchar aquel grito: ¡Abajo el tirano! Y sentir como el eco iba pariendo ideas de lucha y libertad.

¿Qué era esta fiebre inmensa y agazapada? ¿Qué los poros también gritando sudor con sus bocas minúsculas? Todo su cuerpo se convirtió en una boca, en un rugido alucinado y tembloroso donde se diluían reuniones y protestas acalladas.

Una cortina de sal nubló sus pupilas. Su espalda atrajo un poste donde dialogar con el cansancio y se quedó así: sucio de libertad y de coraje.

Un obrero asomó su cabeza morena por la puerta del rancho. Sobre los hombros cabalgaba una chiquilla raquítica que contemplaba un arco iris de saliva. Los ojos del obrero contenían una esquina del eco.

¿Qué pasa, bachiller?

La chiquilla se le quedó mirando con curiosidad. Lentamente, rompió el globo de saliva que había en sus labios nuevos y fue alargando una sonrisa desdentada. De pronto, pareció reconocerlo. La sonrisa subió hasta sus ojos y su saludo fue un gorgoteo absurdo:

¡Hola, monigote!

Este libro se terminó  
de imprimir en los Talleres de  
ARTES GRÁFICAS BEMA,  
el día 19 de marzo de 1986.  
Porlamar.



**FONDO PARA EL DESARROLLO  
DE NUEVA ESPARTA**

**TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.**

**Transcripción, corrección, diseño y diagramación:**

**Licdo. Frank Omar Tabasca**

frank\_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Febrero de 2024